No podemos negar que es tal el embeleso que tiene el lenguage figurado, que no hay quien pueda resistir á su deleite; pero tambien se ha de tener presente que, ni la prosa es pintura como la poesía, ni el orador pintor como el poeta, á quien la filosofía da licencia para personificar todos los entes de la naturaleza, usando de aquel lenguage animado, pintoresco y alegórico que fué el primer idioma de los humanos. Pero la prosa es mas cuerda y mesurada, y no admite sino en ciertos casos, ó para variar ó para vestir la desnudez de la verdad y de la razon con honesto y gracioso ropage, este estilo figurado, porque ha de haber modo en el uso, que es en todas cosas singular virtud. Y como en la composicion de este estilo entran los que llamamos *tropos*, ó para mayor espresion de nuestros pensamientos y afectos, ó por acrecentamiento de la oracion, ó para huir la torpeza ó malsonancia de algunos términos propios, ó para amenizar la sequedad del habla comun; tratarémos de cada uno de ellos en particular.

ARTICULO II.

DE LOS TROPOS Ó TRASLACIONES.

Son los *tropos* unos modos figurados de hablar, por los cuales se aplica á una palabra un sentido que no es rigurosamente el suyo propio. Estas figuras se llaman *tropos* del griego *trope*, que vale lo mismo que vuelta ó conversion; pues cuando usamos de un término en acepcion figurada le volvemos, digamoslo así, para hacerle significar lo que no significaba en su sentido recto. *Vela*

en su sentido propio no significa *embarcacion*, pues solo es una parte de ella; y sin embargo decimos una *flota de cien velas* por decir de cien navíos, tomando la parte por el todo.

Uso y efectos de los tropos. — Uno de los efectos mas sensibles y mas frecuentes de los tropos es de despertar una idea principal por medio de otra accesoria. Por eso decimos *cien fuegos* por cien casas, *mil almas* por mil personas, el *acero* por la espada, las *armas* por la milicia, la *pluma* por el estilo, la *lengua* por el habla, la *garganta* por la voz, etc.

Los tropos dan mayor energía á la espresion del pensamiento. Así el que está vivamente impresionado de un objeto, pocas veces se esplica con sencillez, porque la idea que le ocupa se le presenta con las otras accesorias que la acompañan, y entonces se sirve del nombre de aquellas imágenes que le representan las cosas. Por eso recurrimus naturalmente á los tropos, con cuyo ausilio hacemos mas sensible á los otros lo que nosotros mismos sentimos. De aquí nacen estos modos de hablar: estar *inflamado de cólera*: estar *embriagado de deleites*: vivir *encenegado en el vicio*: *desdorar su fama*: *despeñarse á un abismo de miserias*: *no conocer la cara al miedo*, etc.

Los tropos dan hermosura y gracia á la oracion, porque como sus espresiones vienen á ser otras tantas *imágenes*, divierten y halagan el ánimo del oyente. Tambien le dan mayor nobleza; por cuanto las ideas á que estamos acostumbrados en el trato comun, no pueden escitar aquella impresion de admiracion que arroba al espíritu. En estos casos recurrimos á las ideas acceso-

rias, que realzan é ilustran á las comunes: *Todos los hombres han de morir sin escepcion*, aquí tenemos un pensamiento comun con una frase tambien comun. Pero si decimos: *la muerte llama igualmente á la choza del pobre y al palacio del Rey*, sacaremos un pensamiento y una frase noble y animada.

Los tropos sirven tambien para templar, suavizar, y dorar las ideas duras, tristes, desagradables, é indecentes: de todo lo cual veremos egemplos tratando de la *perifrasis*.

Y como todos los idiomas padecen esterilidad en su diccionario para declarar todos nuestros pensamientos, los tropos en alguna manera los enriquecen, unas veces multiplicando el uso de una misma voz, y otras, dándola nuevo sentido, ya sea uniéndola con las que no podia juntarse en su significacion propia, ya sea usándola por medio de estension ó de semejanza.

En fin, sirven los tropos para poner en cierto modo ante los ojos aquellas *imágenes* que nos presentó la vivacidad con que sentimos lo mismo que queremos espresar: así decimos por semejanza: *corre como el viento—duerme como una piedra*; y por estension: *se deja arrastrar del torrente de sus pasiones—corre la voz—vuela la fama*. Todas estas espresiones son dictadas por los movimientos de nuestra imaginacion.

Vicios de los tropos. —Cuando los *tropos* no producen los efectos que acabamos de indicar, son viciosos. Ademas de claras y fáciles, deben ser estas traslaciones naturales, oportunas, adecuadas, y graves. En cualquier género de estilo es muy ridícula la afectacion y la incongruencia de los términos en la semejanza de dos cosas diferentes. *Suministrarme el licor etiope*, dijo uno que iba á escribir, por no decir *tráeme tinta*; y llamó otro al espejo el *consejero de la hermosura*. De semejantes frases vemos embutidas las páginas de muchos libros y sermonarios, que por fortuna hoy no se leen, ni tampoco se podrian leer.

No se debe, pues, usar de los tropos sino cuando naturalmente nacen del mismo asunto, ó cuando las ideas accesorias los llaman, ó los pide el decoro: entónces agradan, porque se buscan sin la mira de agradar. Con este lenguage que inventaron los *vates* para pintar sus pensamientos, se hermosea y alumbra la oracion, porque con él reciben alma las plantas, razon los brutos, vida las piedras, y cuerpo los pensamientos.

§. I.

TROPOS DE DICCION.

Como en las traslaciones se pueden considerar dos respectos, uno del simple uso de las palabras que componen el artificio, y otro de la sentencia que nace del enlace de ellas; hemos creido conveniente dividirlas en dos géneros, esto es, en tropos de diccion, y en tropos de pensamiento, para mayor claridad de la materia.

Metáfora.

Llámase *metáfora* la traslacion del significado propio de una palabra á otro que no le conviene sino por una comparacion que el entendimiento hace de los dos. Cuando decimos la *luz del entendimiento*, la palabra *luz* que en su sentido

propio nos hace ver los cuerpos y objetos materiales, puesta aquí por traslacion, representa aquella potencia de percibir y conocer que alumbra nuestra razon para formar rectos juicios. Del mismo modo llamamos á la lógica *llave de las ciencias*, por ser ella, así como la llave abre la puerta, la que nos abre la entrada á las demas facultades. La metáfora saca particularmente su valor de la fuerza de la comparacion que siempre la acompaña; pero se distinguen entrambas, en cuanto la comparacion se sirve siempre de términos que denotan la semejanza entre dos cosas: así decimos de un hombre colérico, *está como un leon, ó está hecho un leon ó parece un leon:* mas si decimos simplemente *es un leon*, entónces es metáfora pura, porque la comparacion allí es implícita; quiero decir, está en el espíritu, y no en los términos. Cuando la metáfora guarda regularidad y concierto, no es difícil hallar la conveniencia de comparacion; porque, del modo que ésta, es tan estendida y abierta cuanto lo son los objetos de la naturaleza, pues no hay vocablo cierto y propio de ente alguno que no se pueda trasferir á lugar ageno. Mas, cuando la comparacion que se encierra siempre en este *tropo*, es traida de mucha distancia, se comete una metáfora irregular; porque la traslacion se ha de hacer de cosa cercana y fácil, pues se hace áspera y disonante cuando se deduce de lugar muy apartado, y cuando es tan oscura que tiene necesidad de esposicion. Y así, para que no parezca agena del intento ó traida de léjos, se ha de mostrar luego la semejanza.

Debe nacer la metáfora de lugar hermoso, y de operacion noble; y como la hermosura del

nombre está en el sonido ó en la significacion, es vicio sacarla de cosas que en sí no tengan belleza, ni gracia ni lustre alguno. Y entónces llamaremos magnífica ó agradable y hermosa la oracion por la metáfora, cuando aparezca en ella el ornato, y con él venga á ser juntamente clara. *La pobreza evangelica* (dice el P. Marquez), *que consiste en refrenar y apartar la aficion de bienes del mundo, ha de luchar con la avaricia: y es gloria de esta virtud que se le haya fiado la victoria mas ágria del vicio mas robusto.*

Las metáforas deleitan á la imaginacion, dando á los conceptos mucho mas esplendor y energía que si nos sirviésemos de las palabras propias: y sin duda resplandece mayor gallardía y gracia en la diccion pintada que en la simple. Con las metáforas se labra, viste, y alumbra la oracion, como si se sembrase y salpicase de estrellas. ¡Cuanta mas energía tiene esta espresion metafórica: *estaba sepultado en un profundo sueño*, que esta otra comun *estaba muy dormido!* Si decimos *con los vicios se quitó su honra*, hablamos un lenguage simple; mas si decimos *con los vicios enterró su honra* ¡qué otra fuerza recibe con esta palabra *enterró* el mismo concepto!—*Es escelencia de la largueza salir al camino á la necesidad*, dice elegantemente un autor nuestro, pudiendo haber dicho *anticiparse* á socorrer al necesitado. —*En los panegíricos se descubren las virtudes, y se echa tierra á los vicios*, dice el P. Marquez. Se callan, se ocultan los vicios, podia decir; y es lo que quiso significar echándoles tierra, como quien tapa un robo, ó un cuerpo muerto, por temor de la justicia.

Dice un moderno escritor: *El Asia, cuna del*

género humano. ¡Qué noble y magnífica metáfora sacada de cosa tan humilde y pequeña, pudiendo decir el *Asia, orígen del género humano,* espresion, aunque comun, no innoble! La grandeza viene del mismo contraste, y de la novedad de la aplicacion. —*En Turquia la cimitarra es el intérprete del alcorán*, dice otro, en vez de decir simplemente *en Turquía se prueba la religion con las armas en la mano.* ¡Qué valentía, qué accion, qué esfuerzo hay en aquella frase! No solo campéa en la metáfora la palabra *intérprete*, sino que la acompañan otros tropos, como la Sinécdoque en la voz *Turquía* en lugar de los turcos, y la antonomasia en *cimitarra* por el arma blanca comun entre aquellos musulmanes, y en *alcorán* por la fe ó creencia moslemítica. En lugar de decir de un modo ordinario y sencillo: *El valor en ciertas circunstancias ayuda al vicio, ó defiende á la virtud*, quiso decirlo otro escritor con elocuencia, esto es, con el ornamento y vigor de las metáforas: *El valor en ciertas circunstancias es la espada del vicio, ó el escudo de la virtud.* Aquí vemos al vicio y á la virtud personificados, y al valor convertido, ya en arma ofensiva, ya defensiva, deduciéndolo de los distintos oficios de ella.

Si pasamos á manifestar otra de las virtudes de las metáforas, hallarémos que tambien hacen dulce, blanda, y regalada la oracion, cuando se deducen de objetos y términos tiernos, amenos, y apacibles. Hablando el P. Yepes de la determinacion de Santa Teresa de dejar el siglo, añade: *Con esta determinacion sentia dentro de sí una reñida y sangrienta pelea, porque el espíritu la llamaba y estimulaba á renunciar todas las cosas del mundo, y el sentido le contradecia: y asi peleaban en su pecho, como en estacada, estos guerreros. Pero con los buenos egemplos que delante tenia, prevalecieron los buenos deseos; y asi trató muy de veras consigo misma de mudar de vida y desteger la tela que habia tegido la vanidad.* Por otro estilo no menos dulce y mas ameno, dice el P. Nieremberg, hablando del enlace que forman entre sí todas las virtudes: *Como en cada virtud es diverso su motivo, hacen todas muy lucido alarde, y cada una trae su diferente librea. Pero, para que estuviesen mas fortificadas, las unió la naturaleza, y para que fuesen mas amigas quiso que estuviesen juntas, asidas de las manos unas á otras, tomándose palabra de juramento, de fé, y de paz.*

Por estos pocos egemplos y por los muchos que se nos presentan en todos los libros y discursos escritos con elocuencia, es evidente que la metáfora tiene el privilegio y gracia particular de lucir por sí sola en la oracion mas noble y culta; y sustituyendo lo figurado á lo sencillo, derrama en ella una rica variedad, eleva las cosas mas humildes, ilustra las mas comunes, y deleita la imaginacion, tomando del mundo físico, con ingeniosa valentía y traza, objetos visibles y palpables, para traerlos al mundo intelectual, huyendo de los términos y signos ordinarios y usuales.

El uso de las *metáforas* es tan frecuente y general entre los hombres, que á causa de la imperfeccion de los idiomas en la esfera de la metafísica, casi todas las ideas intelectuales se han de manifestar con espresiones figuradas, es decir, con palabras, cuyo sentido propio representa cosas materiales. No se deben entender por tales

palabras, solo aquellas en que la metáfora es manifiesta como en estas: una casa *triste:* un jardin *alegre;* un razonamiento *frio:* mas tambien las que consideramos por mas simples y perceptibles.

El uso de las metáforas no es esclusivo de los oradores y poetas, pues comprende un estensísimo y floridísimo prado á donde todos los hombres, desde que dejaron la escritura emblemática, van á segar. Pero el orador y el escritor elocuente sabe escoger con feliz eleccion lo mas espléndido, lo mas rico, lo mas insigne, para mayor lustre, adorno, y realce de la elocucion, cuando la espresion simple no es tan eficaz á su intento.

Vicios de la metafora. — Las metáforas son viciosas cuando se sacan de términos y lugares bajos, como la de aquel predicador que dijo: que *el diluvio fué la legia de la naturaleza.* — 2.° Cuando son forzadas, y arrastradas de término muy remoto, como la de aquel: *Nace el hombre con breve vida, como la flor, cuya cuna es la aurora, y su sepulcro el ocaso.*

3.° Cuando la analogía entre el signo y la cosa no es natural, ni la comparacion bien perceptible, como la de aquel que dijo á su dama: *Bañaré mis manos en las ondas de tus cabellos:* y la de aquel otro *¿quien en el bagel de la envidia embarca su fortuna?*

4.° Cuando se sacan de objetos poco conocidos, ó demasiado científicos, que forman el culteranismo y el pedantismo, como la del que dijo: *desde el apogéo de su prosperidad*; por decir, ó mas bien, no querer decir; *desde la mayor altura, ó la cumbre de su prosperidad.*

5.° Cuando las que no convienen sino al estilo y licencia poética, se introducen en el discurso

oratorio, en donde no se puede llamar *armónicos partos de la lira* á los sonidos; ni *doradas madejas del aurora* al resplandor del alba.

6.° Cuando se sacan de objetos inhonestos, ó torpes por su sonido, ó significacion, ó interpretacion maliciosa, como la de aquel que dijo: *Con la muerte de Escipion quedó castrada la república;* pudiendo haber dicho *quedó huérfana.* De la virginidad de María en su parto portentoso dijo otro: *Virgen que sin perder la flor nos diste el fruto.* Tampoco sonaria bien en un escrito ó discurso serio, decir de un pueblo ó pais donde suele llover mucho: *es el orinal del cielo;* aunque vulgarmente se dice así, y con mucha propiedad.

7.° Cuando se toman de objetos opuestos, ó repugnantes, ó de términos incoherentes de comparacion, esto es, que despiertan ideas que no se pueden ligar, como si dijéramos *un torrente que se enciende*, en vez de que se precipita; ó bien *era un leon con la espada en la mano*, pudiendo decir era un Cid ó un Bernardo del Carpio. Dice cierto poeta: *saqué esta antorcha de Marte*, disfrazando la *espada* con esta violenta y oscura metáfora. ¿Qué conveniencia tiene la *antorcha*, que alumbra, con la *espada* que corta? Y ¿qué nececesidad hay de representar con rodeos y frases metafóricas las cosas materiales y conocidas, cuando sus nombres son bien sonantes? Las metáforas sirven para hacer en algun modo visible lo que no está sujeto á los ojos, y como palpable lo que no tiene cuerpo, ¿qué cosa, pues, mas visible y palpable que una espada? ¿Que palabra nos representará con mas verdad y evidencia una *cueva* que su mismo nombre? ¿Como la conoce-

rémos con la definicion figurada y ridícula de *bostezo de los montes* que le dió un poeta? Y ¿cómo entenderémos que el *aspid de metal* era el arcabuz, en pluma del otro?

Solo pueden ser tolerables las metáforas de esta naturaleza, cuando se suaviza lo duro, lo estraño, ó muy nuevo de ellas, dándolas la forma de comparacion, y sea esta: *El Ganges viene á ser como una lágrima del océano.* Otras veces se les añade un correctivo, como en esta, el *arte está, por decirlo así, ingerto en la naturaleza.*

8.° Las metáforas son viciosas cuando por su profusion y amontonamiento hacen pesada y confusa la oracion, en lugar de adornarla é ilustrarla. Vénse siempre con buena discrecion y repartimiento, aun en los asuntos que de suyo las piden. La materia debe traerlas, no arrastrarlas la violencia, ni la ridícula pretension de empedrar, digamoslo así, el estilo de metáforas. Y ¿qué nombre darémos al estilo y al escritor, cuando estas son hinchadas, tenebrosas, é incoherentes? como lo de aquel autor del siglo XVII, edad de la última depravacion del gusto, cuando dice de Semíramis: *Esta, pues, matrona, que solo nació muger para no hallar de que morir, encaneciendo á la llama de su fragilidad cuantos laureles, huyendo de las tibiezas del olvido, aspiraron á las inmunidades de su frente.* ¿Era fiebre ó locura, la que podia dictar tales desvaríos?

Cuando se eslabonan muchas metáforas seguidas en una misma oracion, y cada una forma por sí un sentido perfecto y una frase cumplida, no es siempre necesario que se saquen de un mismo y solo término, á ménos de que se quiera hacer una alegoría. Así podremos decir: *la agricultura y el comercio son los dos pechos que alimentan el estado: sobre estas dos bases descansa el edificio de la república.* Aquí vemos que el término de comparacion de la primera frase es tomado de las nodrizas que crian, y el de la segunda de la arquitectura. —Así dice el P. Nieremberg: *La firmeza de la felicidad y quietud solo á la virtud tiene por cimiento: sin ella todo es un trasiego de deseos y esperanzas, con iguales heces de pesares: todo es luchar con las amargas olas de la instabilidad.* Tres son las proposiciones de esta oracion, y cada una saca su término de comparacion de objeto diferente, sin confundir ni contradecir á la sentencia principal.

Sinécdoque.

La palabra Sinécdoque significa comprension ó concepcion: pues por medio de esta figura se hace concebir al entendimiento ya mas, ya menos de lo que significa en su sentido recto la palabra de que usamos. Este *tropo* se comete de muchos modos.

1.° Tomando un individuo en lugar de muchos, como cuando decimos: *El soldado defiende la patria: El enemigo huyó: El turco es serio:* por no decir los *soldados*, los *enemigos*, los *turcos.* Tambien se comete, al contrario, tomando el número plural por el singular; así se dice: Los *Ambrosios*, los *Cicerones*, los *Platones*, los *Plutarcos*; pero solo se nombran en plural estos personages, cuando para autorizar alguna doctrina, se citan muchos juntos, y no uno en particular. Del mismo modo decimos los *Alejandros*, los *Césares*, los *Anibales*, cuando los nombramos

por egemplos de la pericia en el arte militar, en confirmacion de algun hecho histórico.

2.° Tómase la parte por el todo, como cuando decimos: *cien quillas* por cien navíos: *cien cabezas* por cien personas; las *olas* por el mar; el *Nilo* por el Egipto, el *Tajo* por la España. En este sentido dice un autor: *Los Califas de Damasco vieron correr el Ganges, y el Tajo bajo su imperio;* es decir que dominaron desde la India hasta España. Diremos bien *los moradores del Bétis*, por los de Andalucía: *tocó al arma el parche*, por el tambor ó la caja.—Y al contrario, cuando tomamos el todo por la parte: *relucian las picas* por los hierros de ellas, que son las puntas.

3.° Tomando el género por la especie: así decimos: *¡O necios mortales!* (nombre que conviene á toda criatura sujeta á morir) en lugar de *¡ó necios hombres!* Llamamos asimismo *bruto* al caballo, sin embargo de convenir aquella voz á muchos animales cuadrúpedos. Tambien tomando lo mas por lo menos, como: las *criaturas lloran*, por los pequeñuelos de pecho.

4.° La especie se toma por el género, como cuando llamamos *deshonesta* á una persona viciosa: es un *pollino*, por decir á un hombre rudo que es un animal, viniéndole á llamar lo menos por lo mas.

5.° La materia se toma por la obra ó instrumento, como el *acero*, por la espada ó el puñal; la *plata* y el *oro* por la moneda. Y al contrario, la obra se toma otras veces por la materia, diciendo: un buen *libro*, por la bondad del estilo ó del asunto.

6.° Los antecedentes se toman por los consecuentes, como: *Pedro se cansó de vivir*, esto es, *murió*. *Fuimos godos*, por decir, el imperio godo se acabó. *Aquí fué Numancia*, esto es, quedó destruida. Al contrario, tambien, los consecuentes se ponen en lugar de los antecedentes, como: *los graneros rebosan*, por la abundante cosecha: *los campos piden agua*, por decir que no ha llovido: *la Alemania se arma*, es decir, amenaza una guerra: *la Siria vió las banderas cruzadas*, lo mismo que, los cruzados llegaron á ella. Pertenecen á este género de locuciones otras frases delicadas, como esta en elogio de un sabio que murió tan bien como habia vivido: *su fin no fué indigno de su vida.*

Despues de todos estos egemplos se debe advertir: que no siempre es permitido tomar una palabra por otra indistintamente. Las locuciones figuradas deben estar en cierto modo autorizadas por el uso, y á lo menos el sentido literal que se pretende dar á entender, ha de presentarse naturalmente al entendimiento, sin ofender la razon, ni los oidos, acostumbrados al rigor y propiedad del estilo figurado. No todas las partes de una cosa se toman por el todo, ni cada género por la especie, ni cada especie por el género, etc.: solo el uso da este privilegio á una palabra y no á otra.

Así, pues, se debe considerar como viciosa la Sinécdoque cuando se toma de una lengua muerta, donde estaba autorizada, y se traslada indiscretamente, ó por una afectada erudicion, á la nuestra que no recibe todas las locuciones figuradas de los antiguos. Unas se admiten, y otras no; y de estas puede la poesía adoptar muchas que repugnan á la prosa: en esta eleccion se conoce el juicio y conocimiento del escritor en el

arte de bien hablar. Los latinos llamaban *cuernos* á lo que nosotros llamamos hoy *alas* de un egército. Decian tantas *popas*, tantas *proas* por tantas naves; y nosotros solo las contamos por *velas*, desechando otra cualquiera parte de la embarcacion para significar el todo. Otras veces llamaban *pino* al buque, sacando de la madera el nombre; nosotros decimos simplemente *leño* sin determinar la especie de la madera. Tambien tomaban los *tejados* por las casas; y nosotros solo hemos adoptado los *hogares*. Llamaban igualmente al mar el *salado*, tomando antonomásticamente este nombre por el sabor del agua; pero nosotros solo podemos imitar esta figura con este nombre compuesto el *mar salado*, ó *el agua salada*.

Metonimia.

La palabra griega *Metonimia* significa traspesicion ó trasmutacion de un nombre en otro, trocándole el significado; ya de la causa por el efecto, y al contrario; ya del adjunto por el del sugeto, y al contrario, etc. En este sentido podemos decir que este tropo comprende á todos los demas; pero los retóricos le han reducido á los usos siguientes.

1.° Tómase la causa por el efecto como: *sol fuerte* por calor fuerte: *vivir de sus manos* por vivir de su trabajo, ó jornal. Damos el nombre de *brazo* al poder; de *mano* al favor, ó ayuda; de *espaldas* al amparo ó defensa; de *hombros* al aguante, ó paciencia. — En este sentido se toman los inventores de las cosas y de las artes por los efectos de su invencion; como *Marte* por la guerra; *Minerva* por las ciencias; *Céres* por el trigo; *Vulcano* por el fuego; *Baco* por el vino; *Venus* por el amor, las *Musas* por la poesía, el *Himeneo* por las bodas, etc. Aqui entran tambien los autores por sus obras, como cuando decimos: léase *Ciceron*, *Virgilio*, etc. Otras veces se toma la causa instrumental por los efectos que produce, como: *tener mala lengua*, por murmurar: *tener buena pluma* por escribir bien: *tener buenas manos* por trabajar bien: *tener buen pincel* por pintar bien, etc.

2.° Otras veces se toma el efecto por la causa, como cuando se dice: la *palida muerte*, por la palidez que causa en los cadáveres: *la pesada vejez*, por la carga de los años: *el sangriento Marte*, por la sangre que se derrama en la guerra; la *triste viudez*, por la soledad en que queda la viuda; el *ciego amor*, porque ciega la razon á los enamorados, etc.

3.° Se toma el continente por el contenido, como cuando decimos: *arde el Ayuntamiento, el Consejo*, esto es, la casa ó edificio: *se amotinó la cárcel*, esto es, los presos de ella: *comer un buen plato*, por un buen manjar: *clamar al cielo*, esto es, á la corte celestial: *Roma vencedora*, por los romanos: *Grecia sabia*, por los griegos: *los triunfos de España*, es decir, de los españoles: *el Oriente siempre ha sido esclavo*, por decir, los pueblos que habitan aquellas regiones. Por la misma manera se dice: *el Norte invadió siempre al Mediodia*. Decimos tambien: *toda la tierra le aclama*, esto es, todos los hombres: *siglo, edad, ó tiempo feliz*, por los que en él vivieron.

4.° Otras veces se toma el contenido por el continente, como *San Pedro*, *Santa Sofia*, por

sus templos. Tambien decimos *una fina Bretaña, una rica Olanda, una buena Coruña*, tomando el pais ó lugar de la fábrica por la tela. Por igual regla y traslacion se toma el *Licéo* por la doctrina ó secta de Aristóteles; porque la enseñaba en aquel sitio: el *Pórtico*, por la de Zenon; y la *Academia*, por la de Platon. Así diremos por un modo culto y elegante: *Ciceron formó su alma en el estudio del Pórtico y del Licéo.*

5.° El signo se toma por la cosa significada; como cuando decimos: el *cetro* ó *la corona* por la dignidad real: la *tiara* por el pontificado: la *mitra* por el episcopado: el *capélo* por el cardenalato: la *toga* por la magistratura: la *oliva* por la paz: la *palma* por la victoria: los *laureles* por los triunfos: las *armas* por la milicia: las *banderas* ó *estandartes* por los egércitos; las *águilas* por las legiones romanas; los *leones* por las tropas españolas; las *lises* por las francesas; las *quinas* por las portuguesas; las *lunas* por las otomanas, etc.

6.° El nombre abstracto se toma á veces por el concreto, como cuando la *guardia* se toma por el guarda; la *esperanza* por la cosa esperada: el *amor* por la persona amada. Así decimos: *los Ángeles son mi guardia: Dios es mi esperanza: amor mio ¿cómo me olvidas?* Del mismo modo decimos: *Juan es mala compañía: Pedro es la ruina ó la peste de la ciudad.*—Así mismo tómase otras veces el sustantivo por el adjetivo, diciendo: *es* N. *un gran ingenio: un claro entendimiento; una gran habilidad: una hermosura;* por decir, es muy ingenioso, es muy entendido, es muy hábil, es muy hermosa hablando de una imágen. Decimos tambien *hijo de perdicion* al

hombre perdido; *padre de la mentira* al muy mentiroso: *¿quién contendrá á la ambicion?* esto es, al hombre ambicioso. *La virtud hoy no tiene premio*, es decir, el virtuoso.

7.° Las partes del cuerpo, que se suelen considerar como asiento ú origen de nuestras afecciones, se toman por estas mismas: así decimos, *hombre de gran corazon*, por de gran valor: *hombre de gran seso;* por de gran juicio: *hombre de gran cabeza*, por de gran entendimiento: *hombre sin entrañas*, por sin compasion, etc.

8.° Se toma tambien el nombre colectivo por el distributivo, como la *juventud;* por los jóvenes; la *humanidad* por todos los hombres; el *clero*, por los clerigos; el *egército*, por los soldados.

Metalepsis.

La *metalepsis* es una especie de metonimia, por medio de la cual espresamos lo que se sigue para dar á entender lo que precede; ó bien, al contrario. Este *tropo* abre la puerta al discurso para pasar de una idea á otra, ó por decirlo mejor, es un continuado trasiego de ideas accesorias que se llaman la una á la otra.

La particion de bienes se hizo á los principios por suerte; y como esta precede á la particion, de aquí ha venido que *suerte* se toma por *partija*, esto es, el antecedente por el consecuente. Dice un elocuente escritor pintando la disolucion de Roma cuando estaban ya perdidas las costumbres: *Un histrion dió herederos á los descendientes de los Escipiones y Emilios*, haciendo entender por un consecuente, decorosamente disfrazado, un antecedente que encierra una torpe idea de la infidelidad de las matronas. Tiene este tropo

por mas licencias que la metonimia; así decimos: *elegante vestido*, por vestido bien cortado, siendo propia del estilo la elegancia: *gentil frase*, por bella frase, correspondiendo la gentileza al buen talle y buena proporcion del cuerpo humano: *valiente pincel*, por diestro pintor, pues el valor es propio del ánimo: *bravo* llamamos al hombre valeroso y hazañoso siendo la brabeza propia de las bestias.

Pertenecen á este *tropo* muchos modos delicados y ornatísimos de decir, v. g. *N. olvida los beneficios*, por no corresponde á ellos—*Acuérdase Vd. de nuestro trato* por cúmplale V.d—*Señor, no os acordeis de nuestras culpas*, por no las castigueis—*Yo he vivido bastante*, por tengo cercana la muerte—*Tiene un pie en la sepultura*, por es muy viejo: lo mismo que cuando decimos: *la tierra le llama.*

Tambien se comete la Metalepsis cuando, suprimiendo muchas ideas intermedias, pasamos como por grados de una significacion á otra. Así se dice: *cuenta pocos abriles*, por pocos años, hablando de una muy jóven.—*Cuenta muchas navidades*, por mucha edad, hablando de una muy vieja.—*No contará muchos agostos*, por vivirá poco tiempo, ó tendrá corta vida.—*Este caballo no cerrará hasta las próximas yerbas*, esto es, hasta el verde próximo, por decir, hasta el año que viene.—*Este enfermo morirá al caer de la hoja*; esto es, en fin de otoño, que es cuando se van desnudando los árboles y las vides.

Antonomasia.

La *Antonomasia* es una especie de sinécdoque, por la cual ponemos un nombre comun en

lugar de uno propio, para dar á entender que la persona ó cosa de que hablamos, es la mas escelente sobre cuantas comprende el nombre comun. Los de *apóstol*, *profeta*, *filósofo*, *poeta*, *orador*, *sabio*, son comunes á muchas personas; sin embargo, la antonomasia, haciendolos particulares, les da el valor de nombres propios: así el *apóstol* absolutamente nombrado es San Pablo; el *evangelista* San Juan, el *profeta* David. Por la misma razon cuando los antiguos dicen el *filósofo* entienden á Aristóteles; cuando los griegos, y latinos, dicen el *poeta*, entienden los primeros á *Homero*, y los segundos á *Virgilio*: y así mismo cuando unos y otros dicen el *orador*, entienden los segundos á Ciceron y los primeros á Demóstenes: y en el sentido de la escritura el *sabio* es Salomon.

Otras veces el nombre de la patria califica y singulariza el nombre de sus mas famosos hijos, como cuando se dice: el *Macedon* por Alejandro; el *Mantuano* por Virgilio, natural de Mantua: el *Paduano* por Tito Livio, natural de Pádua: el *Estagirita* por Aristoteles: el *Panormitano* por el Tedeschi natural de Palermo: el *Nebrisense* por Antonio de Nebrija, etc. Tambien se toma el nombre de una ciudad por el de aquellos prelados que la han ilustrado, como: el *Niseno* por S. Gregorio de Nisa: el *Nazianceno*, por S. Gregorio de Nazianzio: el *Turonense*, por Gregorio de Tous: el *Abulense* por el Tostado, etc.

Los adjuntos ó epítetos son por sí nombres comunes, que pueden convenir á muchos; mas la antonomasia los hace particulares. Así nombra la historia á varios principes famosos con el título de el *Conquistador*, el *Sabio*, el *Prudente*, el

Justiciero, etc. Del mismo modo los teólogos y los escolásticos califican á varios Doctores de la iglesia y cabezas de escuelas con dictados sublimes y respetables: con el de *Doctor angélico* á Santo Tomás de Aquino: de *Doctor seráfico* á San Buenaventura: de *Doctor estático* á San Juan de la Cruz; de *Doctor sutil* á Juan Escoto: de *Doctor iluminado* á Raimundo Lulio, etc.

La segunda especie de antonomasia se comete cuando ponemos un nombre propio por otro comun, y entónces queremos significar que la persona de que hablamos es semejante á la que tiene aquel nombre conocido, ó señalado por alguna virtud ó vicio. *Eliogábalo* fué un príncipe sumergido en los deleites, y *Neron* egercitado en crueldades. Por eso se dice de un hombre *muy* sensual *es un Eliogábalo*, y de uno que es muy cruel é inhumano *es un Neron*. Aquí pertenece el nombre gentílico, cuando le aplicamos, algun atributo característico de la nacion. Decimos de uno: *es un francés*, por decir un hombre ligero: *es un aleman*, por un hombre flemático: *es un ingles*, por un hombre meditabundo: *es un bátavo*, por un hombre pesado: *es un sibarita*, por un hombre sensual: *es un hebréo*, por un usurero: *es un genovés*, por un amante del dinero, etc. Por la misma regla se dice *es un Caton*, del que posée austéras virtudes, *es un cartujo*, del hombre muy retirado: *es una Lucrecia*, de la muger casta. Del mismo modo damos el nombre de *Mecenas* á los protectores de los literatos, y de *Zoilos* á los envidiosos, censores de las obras agenas.

Ultimamente pertenece á esta especie la aplicacion del nombre patronímico á los descendientes de una cabeza ó fundador de un linage, como cuando se llama *Romúlides* á los Romanos; *Dardánides* á los Troyanos; *Sarracenos* ó *Agarenos* á los Árabes, *Otomanos* á los Turcos. De la propia suerte adaptamos á las divinidades paganas los nombres de los lugares de su primitivo ó mas famoso culto, ó de su fabuloso nacimiento; y decimos: el *Tebano* por Hércules: el *Capitolino* por Jupiter: *Citerea* por Venus: *Délia* por Diana, etc.

Pero, sí, es impropiedad, envuelta en mucha afectacion, decir, como he leido en alguna parte, el *águila africana*, por San Agustin; el *Rey Gitano* por Faráon, etc. En este vicio cayeron en otro tiempo nuestros predicadores.

Onomatopeya.

Este *tropo* se comete cuando se eligen algunas voces que representan por imitacion el sonido de lo mismo que significan. Así se dice: que el gato *mahulla*; que el lobo *ahulla*; que el buey *muge*; que el cuervo *grazna*; que la gallina *cloquéa*; que el pollo *pía*, etc. sacando la formacion de estas voces imitativas de los sonidos radicales *mau*, *ahu*, *mú*, *graz*, *cló*, *pí*, propios de ciertos animales, que por irrision ó sátira se aplican alguna vez á las personas, para exagerar algun vicio ó defecto en su voz, cuando hablan, cantan, lloran, ó rien.

Tambien se comete este *tropo* cuando formamos palabras que imiten el sonido ó ruido de cosas animadas: como el *zumbido* de las balas; el *silvido* de los vientos; el *chasquido* del látigo; el *tañido* de las campanas; el *estampido* del rayo; el *chisporrotéo* de la leña, ó carbon encendido, etc.

voces todas compuestas de las radicales *zúm, sil, chús, tán, estám, chís.*

Catacrésis.

La *catacrésis*, ó *abusion*, ó sea *usurpacion*, se diferencia de la metáfora, porque se comete abusion donde falta de todo punto el nombre; y metáfora donde hubo otro. Fórmase *catacrésis* cuando usurpamos las voces agenas, sirviéndonos de ellas con abuso por la semejanza mas próxima que tienen con las propias y naturales; ó cuando carece el idioma de término peculiar y determinado para espresar una cosa.

En el primer caso decimos, por modo estensivo: de *cabalgar* un caballo, *cabalgar* una caña: de *dar* una limosna, *dar* un consejo; de *fabricar* un templo, *fabricar* un navío; de las *hojas* de un árbol, las *hojas* de un libro; de una *columna* de mármol, una *columna* de tropas; del *corazon* del cuerpo animal, el *corazon* de una fruta: de la *boca* del mismo, una *boca de fuego, las bocas de un rio*, etc.

En el segundo caso llamamos *parricida* al que mató á su abuelo, á su hijo, ó á su hermano: llamamos *platero* al que trabaja en plata como en oro; y decimos *herrar un caballo*, aunque las herraduras sean de plata, etc.

Antifrasis.

Se comete este *tropo* cuando la palabra se recibe en contrario sentido, como diciendo *pelon*, que es cosa de mucho pelo, al animal que no tiene ninguno; y *rabon* al que no tiene rabo, ó cola, siendo así que al principio se dijo del que tenia mucha. De suerte que los vocablos por anti-

frasis son propiamente revesados, porque se toman al reves de lo que propiamente significan. Algunos retóricos han hecho á este tropo parte de la ironía, porque comunmente se usa en sentido irónico, esto es, por burla ó irrision de la persona á quien se aplica.

Especie y modo de este tropo es el *eufonismo*, que equivale á buen sonido de palabras, porque es una locucion que las cosas malas y odiosas, y los hechos torpes y abominables dice y declara con voces que suenan bien, no por su sonido material, sino por su buen significado. De esto hay muchos egemplos en la Escritura donde se dice *bendecir* por maldecir. Y Virgilio llama *sagrada* al hambre del dinero por no decir execrable. Al demonio llamamos el *enemigo;* á los cuentos deshonestos cuentos *verdes ó colorados;* á la ramera *mala muger;* al tonto *bendito;* al borracho *tomado*, al bastardo *hijo de su madre*, por no decirle hijo de tal; á las necedades *descuidos*, etc.

De aquí se derivó tambien, en cortesía castellana, tomar alguna anchura en los términos de hablar; como llamando al Rey *monarca;* al Señor *príncipe;* al caballero *señor;* al villano *caballero;* al pequeño de cuerpo *mediano;* al moreno *trigueño;* al negro *moreno;* al gordo *fresco;* al ventero ó mesonero *huesped;* al carnicero *cortante;* al oficio *arte;* al arte *facultad;* al albañil *arquitecto;* al alguacil *ministro;* al mancebo *oficial;* al sordo *duro de oido;* al ciego *privado de la vista;* al badajo de la campana *lengua;* á los cuernos *astas;* al beso *ósculo;* á las orejas *oidos;* al hijo macho *varon*. Igualmente se dice al temerario *valiente*, al lisongero *cortesano*, al parlero

discreto, al desvergonzado *despejado*, etc. Como esto es bautizar con nombre de virtud lo que es manifiestamente vicioso, y sale ya de los límites de la urbanidad, no debe considerarse como eufonismo, sino como adulacion ó lisonja, ó como ironía las mas veces.

Tambien suele servir el eufonismo en el nombrar las partes vergonzosas del cuerpo, sus usos y necesidades, encubriendo con honesto velo la indecencia ó fealdad de sus nombres propios. Así llamamos *embarazada ó en cinta* á la muger preñada; *dar á luz ó alumbrar*, al parir; y *alumbramiento* al parto; *achaque* á la menstruacion; *garganta ó pechos* á las tetas; *ya es muger* á tener la regla; *tener un desliz, un tropiezo*, por no decir claramente su flaqueza: llamamos *fragilidad* al pecado de sensualidad en el hombre y en la muger. Siguiendo este órden por partes y sexos, se podria formar un largo vocabulario metáforico-urbano, que enseñaría el lenguage de la buena crianza.

Por *eufonismo* decimos en español cosas, que de su naturaleza son malas ó grandes, con el término de *buenas*, como: *Juan recibió una buena cuchillada*, esto es, grande; *tiene, una buena deuda*, es decir, grande: *¡Qué buen dia le espera!*; esto es, que malo!

§. II.

TROPOS DE SENTENCIA.

Alegoría.

La palabra *alegoría* se compone de las voces griegas *all*, otro; y *agora*, discurso: y así significaba entre los antiguos un discurso que al principio se presenta en un sentido propio, distinto del que se quiere dar á entender, y sirve al fin de comparacion para la inteligencia de este sentido que estaba oculto. Lo que constituye esencialmente la *alegoría* es que aquello que al parecer dice, jamas es lo que quiere decir: nos presenta un objeto, y es otro á donde se endereza.

Como la *alegoría* sea una continuada metáfora, algunos retóricos la han colocado en el número de los *tropos*, y otros entre las figuras de sentencia, y no con poca razon, porque no es mudanza de una simple palabra, sino de todo el sentido de la oracion, y tambien porque en la *alegoría* las palabras á veces son propias, á veces metafóricas, y pierde la naturaleza de tropo en uno y otro caso, porque componen un discurso entero y perfecto.

Hay frases alegóricas, breves y rápidas, que circunscriben la sentencia metafórica á un corto espacio; y éstas pueden ocupar lugar entre los tropos de pensamiento. Pero la composicion y sentido de la alegoría pura y mista, y la de sus anexos los enigmas, los apólogos, las parábolas, los emblemas, y los proverbios, pertenecen á las figuras de sentencia. Y así se trasladan al fin de ellas.

Ironía.

Por medio de la *ironía* damos á entender lo contrario de lo que decimos; y á este fin nos servimos de términos enagenados de su sentido propio y literal. Si quiero decir con disimulo de uno que es un mal poeta, le llamaré *otro Virgilio*; y á un cobarde, *otro Cid*.